

Que no es, como usted muy bien se podrá imaginar a muy poquita imaginación que tenga — y menos si se trata de una mujer y sin que esté yo ni por asomos insinuando que el sexo femenino sea poco imaginativo sino considerando el hecho indiscutible de que las mujeres somos por lo general presumidas y solemos andar bastante atentas a cuidar nuestro aspecto —, ni muchísimo menos la primera imagen de mí misma con que me habría gustado presentarme ante usted ni ante nadie y, por tanto y en consecuencia y como podrá imaginarse también a igual de poca imaginación que tenga — y no porque sea usted un hombre, entiéndame, sino porque los hombres no suelen prestar atención a esos detalles tan sin importancia —, el más vivo de entre todos mis deseos vivos (porque muchos los tengo muertos y no pocos a punto de expirar) habría sido despertar su admiración y respeto con algo pues así, con ese lujo y ese empaque y esos guantes de seda roja por encima del codo como puede verme ahí abajo a la derecha y no con los de fregar que son, aunque me humilla terriblemente que así sea, los que más me pongo si es que me acuerdo...

Pero dejemos eso puesto que ya he dicho que de mi faceta doméstica no quiero hablar y centrémonos en lo que nos ocupa y, es ello, que me ha pillado usted en muy mal día; pero le prometo que si viene por aquí en otro momento en que no tenga que quitar la hebra a tantas judías verdes (porque mi suegra está otra vez con la tensión a mil) ni recibir a las pécoras de mis amigas me encontrará mucho más relajada y, a lo mejor, hasta puede que guapa.

